

alegoría es amenazadora para los reyes; pero es demasiado antigua, para no remontarse á una época anterior á la del gran maestre de los templarios.

Toda esta decoracion se encuentra en los antiguos misterios de los hijos de Manés: esta misma ceremonia es precisamente la que ellos llamaban *Bema*. Reuníanse tambien en torno de un cátafalco sostenido por igual número de gradas y cubierto de decoraciones análogas á la ceremonia, y entonces tributaban profundos honores al hombre que suponían encerrado en aquel féretro; pero estos honores se referían á Manés y su muerte era la que celebraban. Precisamente dedicaban á esta fiesta el tiempo en que los cristianos celebran la muerte ó la resurreccion de Jesucristo (1).

Este es uno de los cargos que con frecuencia solían hacerles los cristianos, y es el mismo que aun en la actualidad se ve hacer á los masones *rosa-cruces*, respecto al uso que tienen de renovar sus fúnebres ceremonias precisamente en la misma época (2).

11. En los juegos masónicos, las palabras misteriosas que encierran todo el sentido de la ceremonia son *Mac Benac*. La explicacion literal de estas palabras segun los masones, es esta: *la carne deja á los huesos*. Esta explicacion es en sí misma un misterio que explica muy naturalmente el suplicio en que perdió la vida Manés. Este heresiarca prometió curar con prodigios á un hijo del rey de Persia, con tal que no se hiciera caso de ningun médico. El jóven principe murió; Manés intentó escaparse; pero fué cojido y presentado al rey, quien le mandó desollar vivo con pun-

(1) *Plerumque Pascha nullum celebrant - sed Pascha suum, id est, diem quo Manichaeus occisus, quinque gradibus instructo tribunali, et pretiosis linteis adornato, ac in promptu posito, et objecto adorantibus, magnis honoribus prosequuntur.* (Aug. contra epist. Manich.)

(2) Véase el abate Le Franc, *grade de rosa-*

tas de caña. Hé aquí la explicacion mas terminante de *Mac Benac*, *la carne deja á los huesos*. Manés fué desollado vivo (1).

12. Hasta las cañas que figuran en esa circunstancia, vienen en apoyo de nuestra comparacion. Parece extraño ver á los *rosa-cruces* principiar sus ceremonias sentándose triste y silenciosamente en el suelo y luego levantarse llevando una larga caña en la mano (2). Todo esto se explica tambien cuando se sabe que en esa misma postura se mantenían los maniqueos, aparentando sentarse ó mas bien recostarse sobre unas esteras hechas de cañas, para tener siempre presente el género de muerte que tuvo su maestro (3); y esto fué causa de que les llamaran *Matarii*.

La verdadera historia de los maniqueos nos presentaria además otras muchas analogías; por ejemplo, toda esa fraternidad que los masones ponderan, y toda la proteccion que unos á otros se dispensan; fraternidad laudable si no fuese tan exclusiva. Los masones merecen, al parecer, esta acusacion, y aun en esto se semejan á los maniqueos, que mostrándose muy adictos en socorrer á sus adeptos, eran estremadamente duros para todos los demas pobres (4).

Tambien se podria notar entre los maniqueos y los masones el mismo celo para la propagacion de sus misterios. Los adeptos mo-

(1) Si se dijere que en este grado todo parece fundado sobre Adoniram y el templo de Salomon, responderemos que si en cuanto á las palabras; pero que en cuanto á los hechos nada hay en la historia de Salomon ó del templo, acerca de esta muerte de Adoniram. Todo es alegórico, y la alegoría se aplica exclusivamente á Manés. El *Mac Benac* es inaplicable á los caballeros del Templo. Toda esta ceremonia se encuentra además mucho antes que ellos; por consiguiente, ellos pudieron acomodar la fábula á su profesion, dejando las cosas y la palabra esencial, el *Mac Benac*, que se refiere del todo á Manés.

(2) Véase el abate Le Franc, *grade de rosa-cruz*.

(3) *Cent. Magd.*; Baronio, etc.

(4) *Quin et homini mendico, nisi manichaeus sit, panem et aquam non porrigunt.* (August. de morib. Manich. et contra Faust.)

dernos se glorian de ver sus lógias esparcidas por todo el universo. Tal era tambien el espíritu propagador de Manés y de sus adeptos. Addas, Herman y Tomás fueron, segun él se lo mandó, á establecer sus misterios, el uno en Judea, el otro en Egipto y el tercero en Oriente, en tanto que él se quedó predicándolo en Persia y en Mesopotamia. En seguida tuvo doce apóstoles, y por último, hasta veinte y dos, segun algunos historiadores. En muy poco tiempo vió sus adeptos esparcidos, como hoy los masones, por toda la tierra (1).

Limitémonos á las analogías mas evidentes; por ellas veremos que todos los últimos grados de la masonería están fundados en el *Bema* de los hijos de Manés. Este era á quien habia que vengar de los reyes que le habian hecho desollar, de esos reyes que por otra parte, segun su doctrina, habian sido todos instituidos por el *Genio malo*; todo su conato se reducía á establecer esta misma doctrina sobre las ruinas del cristianismo. Los templarios, instruidos por los adeptos diseminados en Egipto y Palestina, sustituyeron á Manés su gran maestre Molai como objeto de su venganza, pero el espíritu de los misterios y de la alegoría no sufrió alteracion. Siempre fué prosiguiendo el mismo anhelo de dar al traste con el cristianismo y con los reyes, con el altar y con los tronos para establecer *la igualdad y la libertad* del género humano.

Este resultado no tiene nada de lisonjero para los franc-masones: él les da á conocer por padre de sus lógias, y de todo su código, de igualdad y libertad, á un esclavo desollado vivo por sus imposturas. Por humillante que sea este origen, no es, sin embargo, menos cierto, que es el único camino que hay que seguir para llegar hasta el origen de sus misterios. Sus modernos secretos se fundan todos en la idea de tener que vengar á un hombre sobre esa palabra ó doctrina que se les ha de

(1) *Cent. Magdeb. ex Epiph.*

revelar en el grado tercero, el cual no es mas que una repeticion evidente del *Bema* de los *electos* de Manés: el famoso *Mac Benac* no se explica claramente sino por el género de suplicio que dieron á Manés, y de esta manera todo se va gradualmente remontando hasta ese esclavo de *la viuda del Escita* (1). Bien puede desafiarse á los masones á que encuentren nada que se parezca al grado de *Mac Benac*, ni antes ni despues del *Bema* de los maniqueos, no siendo en ese mismo *Bema*. Hasta aqui, pues, es preciso remontarse para encontrar el origen de los misterios masónicos.

El silencio acerca de este origen por parte de los masones mas instruidos, prueba lo humillante que es ese origen; pero no prueba que les sea absolutamente desconocido. Por lo menos, es muy difícil que en sus misterios cabalísticos hayan tan frecuentemente tratado del *Jehová* de Manés, dividido, como el suyo, en Dios bueno y en Dios malo, sin conocer al gran autor de este sistema ó aquel cuyo nombre ha quedado á la secta del doble Dios; sin reconocer á ese Manés, tan célebre por otra parte y tan versado en todos los misterios cabalísticos ó de la magia y de la astrología.

Es muy difícil que el héroe de los *martinistas* no haya visto que su Apocalipsis era el mismo que el de este heresiarca. Es muy difícil que Condorcet, buscando el origen de las sociedades secretas, comparando tan de cerca los templarios y los albigenses, haya ignorado lo que toda la historia le dice, esto es, que los albigenses y sus diversas ramificaciones (de las que, sin embargo, es preciso distin-

(1) Esta circunstancia ¿no explica tambien una costumbre de los masones? Cuando se encuentran en algun peligro y creen poder ser oídos de alguno de sus hermanos, para darse á conocer é invocar su socorro levantan las manos sobre la cabeza gritando: ¡*A mi los hijos de la viuda!* Si los modernos masones lo ignoran, los antiguos adeptos lo sabian y toda la historia lo repite: Manés fué adoptado por aquella viuda del Escita, y heredó las riquezas que ella poseía por parte de su marido. Luego estas palabras *á mi los hijos de la viuda*, designan tambien muy naturalmente á los discipulos de Manés.



guir á los valdenses), no eran en realidad mas que maniqueos; que por otra parte todas las infamias atribuidas á los templarios son precisamente las que se atribuian á los maniqueos; y finalmente, que todas esas abominaciones se esplican por la doctrina de Manés.

En fin, cuando vemos á los principales adeptos de la masonería, Lalande, Dupuis, Le Blond, de Launay, esforzarse por sustituir á los misterios de la Religión cristiana los errores de los maniqueos y de los persas (1), es tambien muy difícil imaginarse que estos profundos adeptos ignorasen quién era el verdadero autor de sus misterios.

Sin embargo, pudiera suceder que hallando en la historia de los templarios y de su gran maestro mas interés para los adeptos, hubiesen tenido por conveniente dar al olvido una procedencia mas denigrante.

Nuestro objeto en todas estas indagaciones, no tanto es humillar á todos los hermanos, como el ponerles á la vista los lazos de una secta tan justamente abominada desde los primeros momentos de su aparición. Nuestro principal objeto es que por último se conciba el interés que la Religión y las monarquías tenían en patentizar las miras de una sociedad secreta esparcida en todos los países del universo; de una sociedad de que no puede dudarse que el secreto está enteramente encerrado en las palabras que se comunican desde el primer grado de la masonería á los adeptos al decirles *igualdad y libertad*: de una sociedad cuyos últimos misterios no son mas que la esplicacion de esas mismas palabras en toda la estension que les han dado las revoluciones ocurridas de medio siglo á esta parte.

El odio de un esclavo á sus cadenas le hizo encontrar esas palabras de *igualdad y*

(1) Véanse las observaciones del abate Le Franc acerca de la *Historia general y particular de las Religiones*, cap. 1.

*libertad*. El resentimiento de su primera condiccion le sugirió la idea de que solo el demonio podia ser el autor de las monarquías, en las que naturalmente hay señores y servidores, reyes y vasallos, magistrados y ciudadanos. Convirtió, pues, estas monarquías en obras del demonio, y encomendó á sus discípulos el juramento de destruirlas. Vióse al mismo tiempo heredero de los libros y de todos los absurdos de un filósofo, gran astrólogo ó insigne mágico: de estos absurdos y de todo lo que le dió su odio á las distinciones y leyes de la sociedad, compuso el monstruoso código de su doctrina: instituyó misterios, distribuyó sus adeptos en diferentes grados y estableció su secta. Castigado con sobrada justicia por sus imposturas, les dejó tambien al morir una venganza que satisfacer y un nuevo motivo de odio á los reyes. Esta secta se extendió de Oriente á Occidente; fué perpetuándose y propagándose á la sombra del misterio, y se la ve aparecer en todos los siglos. Habiendo sido estinguida en la época de su primera aparición en Italia, Francia y España, volvió á venir otra vez de Oriente en el siglo XI. Los caballeros templarios adoptaron sus misterios, y la estincion de aquellos ofreció á la secta nueva ocasion de rejuvenecer su forma y de modificar mas ó menos sus simbolos, con lo cual su odio á los reyes y al Dios de los cristianos pudo tambien robustecerse nuevamente. Los siglos y las costumbres variaron las formas y modificaron las opiniones; pero su esencia siguió ilosa, no tratándose siempre mas que de difundir la supuesta luz de la igualdad y libertad, de derribar el imperio de los soñados tiranos políticos y religiosos, pontífices, sacerdotes, reyes y hasta el mismo Dios de los cristianos, para dar al pueblo la doble igualdad y la doble libertad que no sufren ni la Religión de Jesucristo, ni la autoridad de los soberanos. Los grados de los misterios se multiplicaron, y se redoblaron las precauciones para no ser descubiertos; y

el último de los juramentos sigue siendo constantemente el de: *Odio al Dios crucificado, odio á las testas coronadas*.

Tal es el resumen histórico de la francmasonería, y tal es el fondo de sus secretos. Reuna el lector las pruebas que acabamos de deducir de la naturaleza misma de los grados masonicos, y todas las que nos ha suministrado la doctrina de los mas sábios y celosos de entre ellos, y finalmente, las que hemos deducido de sus propias opiniones acerca del origen de su sociedad; y no creemos que al lector le pueda quedar la menor duda sobre el grande objeto de esta institucion. Medítese en seguida el modo con que á pesar nuestro nos hemos tenido que remontar desde Condorcet, desde los franc-masones modernos hasta el esclavo Cárstico, deteniéndonos en este heresiarca, para encontrar en él y en sus adeptos á los verdaderos autores del código y de los misterios masonicos, y parécenos que en lo sucesivo nadie podrá ya vacilar acerca de su primitivo origen.

La mayor parte de los masones tributan hoy dia á los escoceses el honor de considerar su gran lógia como cuna de todas las demas (1). Allí es, dicen ellos, donde los templarios se reunieron para la conservacion de sus misterios; de allí es de donde la masonería pasó á Inglaterra, Francia, Alemania y demas países. Esta opinion no carece de verosimilitud en cuanto á la forma (2) y á la mar-

(1) Barruel, *Memorias para la Hist. del Jacobin.*, t. 2, p. 295 á 300.

(2) En cuanto á la forma actual de las lógias, no en cuanto á la sustancia de los misterios; pues en Inglaterra ha habido por mucho tiempo masones que pretendian no descender ni de los templarios ni de la gran lógia de Escocia. Asi lo vemos en un manuscrito conservado en Oxford, en la Biblioteca de Bodley. Este manuscrito es la copia de ciertas cuestiones escritas por la mano de Enrique VI que murió en 1471. (Véase *Carta de Locke sobre ese manuscrito: Illustrat. of Mason. by Will. Preston.*)

Sobre este escrito hay que hacer dos importantes observaciones: la primera, que el adepto, al ser preguntado sobre el origen de la masonería, no dice una sola palabra de los templarios; antes bien, responde,

cha actual de los misterios; mas cualquiera que sea el lugar de donde hayan salido para diseminarse por Europa, es muy cierto que en Francia y en casi todos los demas Estados habia lógias masonicas á principios del siglo XVIII. A mediados de 1725 fué cuando lord Derwent-Water y algunos otros ingleses establecieron en Paris una lógia considerada como la primera de Francia. Asi es, que el origen de la masonería en este país coincide poco mas ó menos con la época de la regencia, que trajo á él tantas otras novedades; y esta tambien vino de Inglaterra precisamente en el tiempo en que la incredulidad era mas activa en propagar su espíritu y diseminar sus máximas. Al poco tiempo la lógia contaba de quinientos á seiscientos hermanos, y no tardaron mucho en establecer otras: lord Derwent-Water y despues de él lord Harnouester fueron los grandes maestros, y en 1738 se confirió esta dignidad al duque de Autin. Este mismo año Clemente XII por su bula *In eminenti* (del 28 de abril) condenó y prohibió la

que todos aquellos interesantes secretos fueron traídos á Europa por unos mercaderes venecianos que regresaban de Oriente. En efecto, es muy natural que los venecianos tan famosos en aquel tiempo por sus correrías y su comercio de Oriente, recibiesen aquellos misterios en las mismas fuentes que los templarios, cuya historia no habia venido á mezclarse aun con la de las lógias masonicas; mas no por eso nos separamos de la cuna de Manés, pues siempre volvemos á aquellos mismos países de donde la secta y sus misterios se habian notoriamente propagado por toda Europa.

La segunda observacion acerca de ese manuscrito es, que aun en Inglaterra la masonería comprendia entonces todos esos sistemas cabalísticos y de la astrologia y adivinacion, ciencias fundadas todas en el doble principio de Manés. Tambien se vé en aquel manuscrito el arte de vivir *sin esperanza y sin temor*, lo cual era el grande objeto de Manés, asi como de todos los impios; el arte de hacer consistir la verdadera perfeccion, la verdadera libertad en no creer nada de un estado porvenir que pueda alimentar la esperanza del justo, ó aterrar al malvado, y todo esto con el lenguaje universal de los masones. Hé ahí, pues, lo que se encuentra al través de todos los elogios de la masonería en ese documento del cual los masones se muestran tan satisfechos y gloriosos. El lector reflexivo no hallara ciertamente en él la prueba de cuanto nos dicen sobre la supuesta inocencia de sus misterios.



sociedad y reuniones de los franc-masones, reprobando especialmente el juramento y el secreto de sus asociaciones. El gobierno francés, cuya atención se despertó en esta misma época al ver los nuevos establecimientos, hizo cerrar una logia en la Rapée de Paris, y arrestó á varios masones, que á pesar de la prohibición seguian reuniéndose. Ya habian sido proscritas las sociedades secretas en 1735 por los Estados protestantes de Holanda; igualmente lo fueron en 1748 en Suiza por el Consejo de Berna: prueba evidente de su oposición á toda forma de gobierno regular y á la base del cristianismo. En Francia, sin embargo, no decayó por eso el celo de los amigos de la masonería. En 1741 tuvieron la destreza de nombrar gran maestro al conde de Clermont, y por lo tanto pudieron contar con la proteccion de un príncipe de la familia Real. Desde entonces principiaron á multiplicarse las logias, favoreciendo su propagacion en Francia el espíritu mismo que las habia suscitado en Inglaterra, esto es, el espíritu de irreligion al que la masonería debe sus grandes progresos. Siempre reprobada por los hombres sinceramente adictos á la fé, la masonería no ha ido estendiéndose sino á proporcion que aquel espíritu ha progresado, ni á nadie ha podido agrandar mas que á los demasiado crédulos ó incautos y á los indiferentes. Asi es, que Benedicto XIV renovó en su bula *Providas*, de 18 de marzo de 1751, la condena y prohibicion dadas por Clemente XII. Este gran Pontífice presentaba en ella toda claridad la misteriosa union de esas sociedades secretas, su oposicion á las leyes, su proscricion por parte de varios gobiernos, y la siniestra prevencion que en general inspiraban.

Por la naturaleza misma de sus misterios, podia la franc-masonería resistir mucho tiempo aun á todos estos rayos lanzados contra ella. Unos hombres que ya estaban duchos en andarse ocultando, nada mas tenian que hacer para evitar la persecucion, que evitar el apa-

rato de las reuniones numerosas. Lo que por entonces presentaba mayor obstáculo á su propagacion, era la naturaleza de sus dogmas. Cierta es que la Inglaterra, disgustada de una libertad é igualdad, cuyas consecuencias le habian hecho conocer las prolongadas atrocidades de sus lolardos, de sus anabaptistas y presbiterianos, rechazaba todo símbolo y toda interpretacion que propendiera á la destruccion de las monarquías; pero aun habia allí adeptos adheridos por los principios desorganizadores á los antiguos misterios. Entre esos era entre quienes se conservaba principalmente el celo de la propagacion; y ellos fueron los que deseando atraer á Voltaire á su partido, le hicieron escribir por medio de Thriot, residente entonces en Inglaterra, que á pesar del título de *igualdad y libertad* dado á sus epistolas, estaba lejos de dar en el blanco.

Desgraciadamente para la Francia y para el resto de Europa, estos mismos adeptos fueron los que contribuyeron mas á la propagacion de los misterios, aunque por de pronto sus resultados fueron lentos é insensibles. Mucho le costó á Voltaire llegar hasta sus principios desorganizadores, y mucho mas debió costar aun á los jóvenes y á la multitud de ciudadanos en quienes la Religion reprimia el espíritu de independenciam, y hasta ese espíritu de curiosidad y afán por saber un secreto de que no podian enterarse sino mediante un juramento, que acaso algun dia podria convertirse en perjurio.

En Francia particularmente, donde aun no habia hombres acostumbrados á las declamaciones contra los monarcas y el estado social, debia ser muy costoso hallar aplausos para unos misterios, cuyo último secreto era la apostasia y la rebelion. Pero la política de los adeptos por de pronto, y luego los progresos de los sofistas en Francia allanaron el paso. Los franc-masones, segun su costumbre, habian procurado insinuarse en el ánimo de un hombre, cuya proteccion les sirviera de es-

cudo contra la indignacion del soberano. Con el mandil de mason ofrecieron al príncipe de Conti el título de gran maestro de las logias francesas. El príncipe consintió en dejarse iniciar; los misterios fueron para él, lo que son para todos aquellos cuyos sentimientos son demasiado conocidos para que se les hable de una libertad é igualdad bajo las que todas las preeminencias de su gerarquía y grandeza desaparecerian. No han faltado bastantes príncipes y algunos soberanos que han cometido la misma falta. El emperador Francisco I quiso tambien ser mason; protegió á los adeptos, los cualos, respetando su piedad, nunca le dijeron mas que lo que juzgaron prudente decirle. Federico II, rey de Prusia, fué tambien franc-mason: comunicáronle todos los secretos de la logia contra Cristo, pero tuvieron buen cuidado de no poner en oposicion su libertad é igualdad con los derechos de su cetro, que este monarca sabia sostener con tanto celo. Finalmente, hasta princesas hubo en quienes los hermanos masones supieron granjearse protectoras, iniciándolas en los misterios de la fraternidad. Maria Carlota, reina de Nápoles, creyó sin duda que solo dispensaba su proteccion á unos vasallos leales; pidió indulto á favor de hermanos proscritos y hasta para algunos que se hallaban á punto de subir al cadalso; y los cobijó bajo sus alas de manera que ellos pudieron multiplicarse con facilidad. Quando estalló la revolucion en Nápoles, se vió que los hermanos protegidos eran otros tantos conjurados: el complot habia sido urdido en las logias y la cabeza de la reina protectora era la primera proscrita. Muchas personas distinguidas por su nobleza habian entrado en las logias y tomado parte en la conspiracion; el gobierno descubrió otro complot que debia estallar despues del primero, en que todos estos nobles, fuesen ó no masones, debian ser degollados, despues de la familia Real, por los hermanos masones *iguales* y plebeyos. Al citar estos hechos, no te-

B. del C. tomó XXI—VIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VI.

nemos otra intencion que la de revelar una política de que tantos ilustres señores han sido víctimas. Los modernos masones los buscaban y les comunicaban la parte de sus misterios que no amenaza mas que á la Religion. Su asociacion tranquilizaba á los soberanos, que no podian creer que se fraguasen maquinaciones contra su corona en logias frecuentadas por sus amigos naturales y en cierto modo por aliados del trono. En esta política de los modernos masones consistió la mayor parte de sus adelantos. El nombre de los mas fieles servidores de los reyes servia para encubrir las asechanzas ocultas en los últimos misterios: el del príncipe de Conti fué causa de que Luis XV se persuadiera fácilmente de que nada debia temer de parte de los franc-masones. La policía de Paris suspendió toda indagacion, toleráronse las logias; y los sofistas juntamente con los progresos de la impiedad les facilitaron el medio mas poderoso y eficaz de irse multiplicando.

A medida que se iban esparciendo por Europa todas las producciones con que Voltaire y el club de Holbach llegaron por último á inundarla, debian irse aumentando necesariamente las conquistas de los masones. Entonces fué fácil á los filósofos hacerse escuchar de unos hombres predispuestos ya por aquellas producciones anti-cristianas y anti-monárquicas, para recibir los secretos de los misterios, é inspirarles el deseo de conocer en las logias un nuevo orden de cosas. La curiosidad estimulada por la impiedad se granjeaba cada dia nuevos adeptos; la impiedad satisfecha propagaba el espíritu y el deseo de la masonería; y este fué el gran servicio que ella prestó á los sofistas del siglo.

Por su parte los sofistas de la impiedad y la revolucion no tardaron mucho en conocer cuánto fraternizaban los masones con toda su filosofía. Desearon por lo tanto saber qué clase de misterios eran aquellos cuyos profundos adeptos venian á ser sus mas celosos discípulos,



y así los filósofos franceses no trataron en hacerse masones. Muchos años antes de la revolución, era ya difícil hallar en París un sofista que no perteneciese á alguna de las lógicas masónicas. Solo Voltaire era el que no había sido iniciado; pero los *hermanos* le debían demasiadas obligaciones, les había procurado demasiado número de adeptos para que le dejasen morir sin tributarle el homenaje de su gratitud. Apenas el impío octogenario llegó á París, cuando se ocuparon en preparar la mas pomposa de las solemnidades para su iniciación. Voltaire contaba ya ochenta años cuando *vió la luz*. El secreto que mas le lisonjeó, así que pronunció su juramento, fué el saber que los adeptos, *hermanos* suyos en lo sucesivo, eran hacia ya mucho tiempo sus mas celosos discípulos; que su misterio consistía únicamente en aquella *libertad é igualdad* que con tanta frecuencia había sido el obligado tema de sus declamaciones contra el Dios del Evangelio y contra los supuestos tiranos. La lógia resonó aquel día con tantos aplausos, los adeptos tributaron tantos obsequios al nuevo hermano, y él comprendió tan perfectamente la causa á que los debía, que creyendo, á lo menos por entonces, cumplidos los votos de su orgullo y de su odio, profirió esta blasfemia: *este triunfo bien vale tanto como el del Nazareno*.

En el año en que Benedicto XIV fulminó su excomunión contra las sociedades secretas, ocupó su solicitud pastoral un objeto bien diferente. Hacia ya mucho tiempo que el patriarcado de Aquilea era asunto de vivas contestaciones entre los príncipes de Austria y la república de Venecia. En virtud de un antiguo convenio que existía entre ambos países, cada uno de ellos gozaba alternativamente del derecho de nombrar patriarca; pero los venecianos habían eludido el convenio, haciendo que los patriarcas se diesen á sí mismos coadjutores, de manera que aquella dignidad se iba perpetuando en los venecianos. La casa de

Austria se había quejado frecuentemente de esto, y como sus reclamaciones no producían ningun resultado, resolvió no consentir mas que los patriarcas ejerciesen jurisdicción alguna en sus Estados. Esto era lo mismo que turbar el gobierno espiritual del país, pues los pueblos quedaban sin pastores. Benedicto XIV, á fin de remediar este inconveniente por medio de un temperamento que creía fuese aceptable á las dos potencias, erigió el 29 de noviembre de 1749 un vicariato apostólico para la parte austriaca del patriarcado. El elegido para este cargo fué Carlos de Attems, canónigo de Basilea, titulado obispo de Mennite: el vicario apostólico debía residir en Goritz. La república de Venecia, lejos de agradecer al Soberano Pontífice una conducta tan prudente, se mostró resentida hasta el punto de retirar su embajador de Roma y despedir al nuncio de la Santa Sede (1). Benedicto XIV, sin salir de la línea de circunspección que se había trazado, contestó á este rompimiento con una moderada reclamación, que le ponía fuera de la cuestión que se agitaba, y dejaba el cuidado de ventilarla á la emperatriz María Teresa y á la república veneciana. Gracias á la mediación de los gabinetes de Francia y Cerdeña, intervino entre el senado y la emperatriz un arreglo por el que los venecianos consentían en la extinción del patriarcado de Aquilea. Este medio cortó de una vez todas las diferencias. El Papa se dió prisa á adoptarlo, y en 6 de julio de 1751 espidió la bula por la que el patriarcado quedó suprimido. Ni la alocución que Benedicto XIV pronunció en el consistorio antes de espedir la bula, ni el texto de ella, hacen mención alguna del consentimiento del cardenal Delfini, que era patriarca de Aquilea al tiempo de la extinción de esta Silla. El Soberano Pontífice no se funda mas que en «la plenitud de su poder apostólico, en virtud del cual, dado el caso de exijirlo alguna causa

(1) *Arte de verificar las fechas, art. Venecia.*

legítima, puede erijir, trasladar, suprimir y extinguir las iglesias patriarcales, arzobispales y episcopales, y dividir ó separar sus diócesis segun lo juzgue conveniente en el Señor: esta declaración es muy notable en boca de un Pontífice tan poco emprendedor y tan versado en el derecho canónico. En lugar del patriar-

cado, de cuyo título y prerogativas podía el cardenal Delfini usar durante su vida, erigió Benedicto XIV los dos arzobispados de Udina y de Goritz, el primero para el territorio veneciano y el segundo para los Estados de Austria.

#### LIBRO CUARTO.

(OCTOGÉSIMO NOVENO.)

#### Desde la supresión del patriarcado de Aquilea en 1751, hasta la muerte de Benedicto XIV en 1758.

Luis XIV, como si su vida hubiera debido ser eterna, había anonadado en provecho de su despotismo la autoridad de la Iglesia, seguro como estaba de contener, por medio de la energía de su voluntad y la régia posición que había sabido tomar, á la oposición parlamentaria ó popular (palabras sinónimas); y murió, dejando al poder aislado en medio de todas las resistencias *naturales* de la sociedad. Aquella oposición popular se había reanimado bajo la regencia, viéndose unas veces favorecida y otras sofocada por los hombres perversos que gobernaban entonces y acababan de romper la nación. Bajo el débil anciano que vino en pos de ellos, la hemos visto ya amenazadora, burlándose de los vanos golpes de autoridad con que el gobierno pretendía de cuando en cuando herirla, y encubierta bajo

el velo del jansenismo, acrecentándose cada día y en todas las clases de la sociedad con aquellos á quienes habían hecho intolerable todo freno las calumnias esparcidas con profusión contra el clero, y tantas sentencias denigrantes contra personas que hasta entonces habían sido objeto de veneración pública, y la licencia de tantas doctrinas nuevas que ponían en duda la Religión, la naturaleza del poder y la sociedad entera. Fácil es conocer que los gefes ocultos de estos nuevos adalides de la oposición estaban efectivamente animados de otros designios que los de hacer triunfar las doctrinas de Jansenio y de establecer la dominación de sus repugnantes y aborrecidos discípulos; pero el infierno les había presentado esta secta como el medio mas seguro y eficaz de destruir la Religión afectando un celo hipócrita